

## FILOSOFIA DE LA CHOZA

*Víctor Gabriel Garcés*

He intentado varias veces hacer lo que llamaría la filosofía de la choza, o sea, la explicación de su esencia y substancia en cuanto se identifica con el ser que la habita. He querido escribir esta filosofía de la humilde morada del indio para encontrar al-

guna manera de entender la totalidad de su vida valorándola a través de la casa y del hogar indígena.

Pero qué es una choza? La pregunta parece demás para cualquiera que en este país ha visto —y la ha visto necesariamente— una humilde armazón de palos sobre un solar estrecho, unas paredes simples, bahareques débiles formados de barro, techo pajizo casi siempre, una puerta de madera rústica, el interior húmedo y oscuro que forma una sola habitación, allí una tarima, al lado de las piedras en donde asienta sus ollas sobre el fogón la india, animales domésticos que se cruzan por entre las manos de los niños indígenas que se arrastran por la tierra. La choza es un conjunto de menesteres para el sustento y trabajo del indio, cobijados precariamente por un techo de paja y resguardados por paredes sencillas. La choza, me parece, es resguardo, refugio para los objetos del indio y además para él mismo y su familia. La choza no es construcción definitiva en cuanto se la edifica con un afán perdurable: es solamente algo que se hace con la intención manifiesta o presunta de deshacerla cualquier momento. La choza no tiene trascendencia en sí misma: la tiene apenas como eventual seguridad para cubrir al indio y sus pertenencias muebles, para cobijo y abrigo en sus horas de descanso, para guardarse o resguardarse de la intemperie plena. La choza no lleva habitantes o dueños: choza es cosa infeliz, asunto baladí, cuestión transeúnte en el desfile de problemas del indio. Choza quiere decir miseria, claro está, en relación con la calidad económica del sujeto humano que la usa; pero quiere decir también incapacidad de goce, dificultad de consubstanciarse el hombre con el lugar en que realiza su vivir físico, desapego a lo que no es hogar suyo, absolutamente suyo, sino apenas la realidad de unas horas oscuras, puesto que solamente la noche es para el indio exigencia de estarse adentro, encajado, metido en la casa, en la choza que fabricó en unas horas de empeño y de requerimiento! Es menester entender lo que significa para el hombre y la extensión del hombre, la familia, ser un ser de eterna ausencia del hogar, del hogar doméstico, porque de las veinticuatro horas apenas si está en él las horas justas en que el sueño repara las energías desgastadas en la jornada de labor.

Basta anotar cómo la choza generalmente queda vacía de humanos seres durante el lapso de sol a sol, todos los días. Nadie queda en la casa, pues ni el perro, compañero fiel del indio permanece allí. El indio sale al trabajo y han de salir todos, mujer e hijos de cualquier edad. La casa, pues, en la soledad de la parcela o del huasipungo, es apenas símbolo de un dominio que no es cierto, signo de una pertenencia humana castigada por la suerte!...

Yo me he percatado que la choza tiene un poder de revelación efectiva de la pesadumbre indígena. Demuestra exactamente la posición de aquel hombre enamorado de la tierra y que en la choza manifiesta su nostalgia perenne. Desde aquel hecho tan expresivo, que consiste en la choza que llamaría portátil, desarmable a poco que se quiera, aquella pequeñísima choza que apenas deja espacio para dormir un hombre, esa que se la planta en cualquier sitio donde hay ganado que cuidar o sembríos que vigilar todas las noches; desde aquella choza tan precaria y difícilmente aceptable como casa de habitación humana, demuestra realmente como es de eventualísima la querencia del hombre a su refugio, que no lo estima ni puede estimarlo como el dulce hogar a que nos acostumbró la cultura a los demás seres! Esa choza diminuta revela que no hay hogar propiamente, sino un arreglo efímero para pasar la obscuridad bajo un abrigo. Pero revela también que la morada del indio se subordina fatalmente a las condiciones especiales de su existencia como hombre, con sus derechos, con sus prerrogativas substanciales. De la choza para el cuidado de las pertenencias ajenas, a la choza que se construye en el huasipungo o la tierra ofrecida en préstamo a cambio de la estabilidad en la hacienda, hay una distancia evidente que es preciso anotarla. La choza se hace con cierta mejor estructura, por lo menos para hacerla más durable. La choza en tierra ajena, aunque cedida por un tiempo sin mayores delimitaciones, aparece como el signo del arraigo del individuo hacia el dominio patronal a que se halla entregado. Hay muestras de permanencia fijadas en la casa. La choza que no se cimenta jamás, que no tiene en verdad cimientos, no tiene sustentación propia en la tierra. Cimiento quiere decir

hondura que da solidez, quiere decir penetración en tierra para la obra permanente. Cimentar es tanto como apoyar sólidamente, para siempre, una cosa o, si se quiere, una casa. La choza no tiene cimientos nunca o tiene apenas en los pivotes de madera que sostienen la construcción ligera. No obstante, la choza del indio que se asienta un poco más definitivamente en un lugar, aparece con caracteres de estabilidad, aunque es desarticulable fácilmente. Demuestra, pues, un cambio: el del hombre errabundo por el de un ser que se fija algo más, que se establece, que se queda en un sitio para hacer su vida.

La choza denota, pues, en todo caso, precariedad existencial. Es cosa que puede o no quedar, según quede o no quien ha de habitarla. Más que habitarla hay que decir ocuparla, puesto que habitar significa permanencia, hábito de permanecer en un lugar. La choza se ocupa pero acaso no se habita!...

La casa del indio hecha para la permanencia definitiva, por ejemplo, la que se edifica en suelo propio, en la parcela que le corresponde, esa es la única que merecería cimentarse, hacerse sobre cimientos. Y en efecto a esto se tiende. La casa pajiza cede campo en muchas partes a la casa de teja, de pared de adobe o alzada sobre tapias de mayor firmeza. Y si bien esto implica comodidad o amplitud en sus dueños, es un hecho que la economía es base de sustentación o estabilidad de la vida humana. La casa mejor, la que ofrece relativamente comodidad y holgura, esa debe ser el tipo necesario como habitación indígena en el país, lo cual comporta, como anhelo general, que cada familia necesita poseer un mínimo de posibilidades económicas que le permita la propiedad del suelo y la propiedad del hogar. Casa estable, ya no la choza transitoria, fugaz, como la erranza móvil del indio sin arraigos, sin raíces, sin apegos de firmeza. Casa, no solamente la tornadiza exigüidad de la choza desvalida hasta en su presencia física. Casa, no apenas el almacén que sostiene un techo de paja paramera, que amenaza volar con los vientos o hundirse con el tiempo.

El acondicionamiento del hogar en calidades de cierta elevación, esto es asunto que viene después. Es claro que el indio no

se acostumbra a que bruscamente se le ponga un lecho mullido, calefacción, baño caliente, etc. Pero la comodidad es cosa que se le admite, se la acepta poco a poco, habituándose a ella, lo cual significa cultura. Dónde se ha ensayado esta paulatina manera de mejorar la vivienda del indio en el Ecuador? Cuándo se ha intentado tal cosa?

La vivienda es parte de la vida del hombre. Debe haber una correlación entre la calidad dignificada de una vida, entre la jerarquía que al hombre le corresponde, entre la posición del ser inteligente, y su vivienda. La cueva del hombre primitivo, esa arisca manera de buscar refugio en la oquedad de las rocas o entre la tierra socavada adrede para abrir un refugio; la tentativa de hogar —jaula levantada en los árboles para huír de las fieras salvajes; la habitación lacustre, sobre arrimos de madera que emergen de las aguas; la afirmación de la casa en realidades de convivencia o vecindad, mediante la admisión de conglomerados de habitaciones, todo ello representa justamente los distintos matices de la existencia del hombre a través de las culturas. La choza es una movediza posición de cultura sin consistencias para el indio americano y ecuatoriano por lo mismo. La choza denota una edad pobre, infeliz en la valoración de esas vidas inermes y desoladas. Y naturalmente el concepto que otorguemos a la posición del indio, cuanto menos favorable resulte, tanta mayor será la culpa, no del indio, sino de los pueblos envanecidos de blancura racial y de civilizaciones en el aire. Es posible manifestar que la vivienda supone la modalidad precisa por la cual se conoce al individuo en sus merecimientos humanos: porque el hogar es responsabilidad inteligente, conciencia de un vivir correcto, apego de cariños y sentimientos que enaltecen el espíritu. Hogar es la vivienda, sí, pero sutilizada o sublimada en afectos familiares. Hogar es, no el palacio lujoso, pero sí una vivienda que ofrezca calor e intimidad y hasta ternura. El indio no cuenta sino con la choza inapta para provocar apegos. La choza mezquina es negación de abrigo por antonomasia, puesto que no lo tiene aún en su sentido propio. Con todo, el indio ama a la choza desmedrada, aunque le representa precariedad, insubstancialidad, falta de permanencia, ya

que solamente es soportable para la noche de indispensable descanso. De día, la choza se la ve más yerma, más infeliz, más parecida miméticamente a la tierra parda con que se amasaron sus bahareques. Solamente la casa la que modela una arquitectura empírica pero más resuelta, esa es la que ofrece incentivos de estabilidad al indio.

Pero la casa suya, su dominio, su propiedad plena. No la que se alza en tierra prestada o arrendada u ofrecida en caridad de huasipungo...

Tal sería, a grandes líneas, la filosofía de la choza del indio ecuatoriano!...

"Ñuca Huasi" N° 2, octubre de 1953